La Tribuna GUADALAJARA
DIARIO INDEPENDIENTE
EDITA: PUBALSA

Redacción, Administración y Publicidad: Plaza Santo Domingo 10, 2º C - 19001 Guadalajara
Teléfono: 949 25 79 11
Imprime: DIRTI, S.L.
Depósito legal: GU-66-2016.
Prohibida toda reproducción a los efectos del Artículo 32, 1, párrafo segundo, LPI.
Correo electrónico: guadalajara@latribunadeguadalajara.es

EL TIEMPO EN GUADALAJARA HOY | MÁS INFORMACIÓN EN PÁGINA 51

MÁXIMA 23º
MÍNIMA 9º

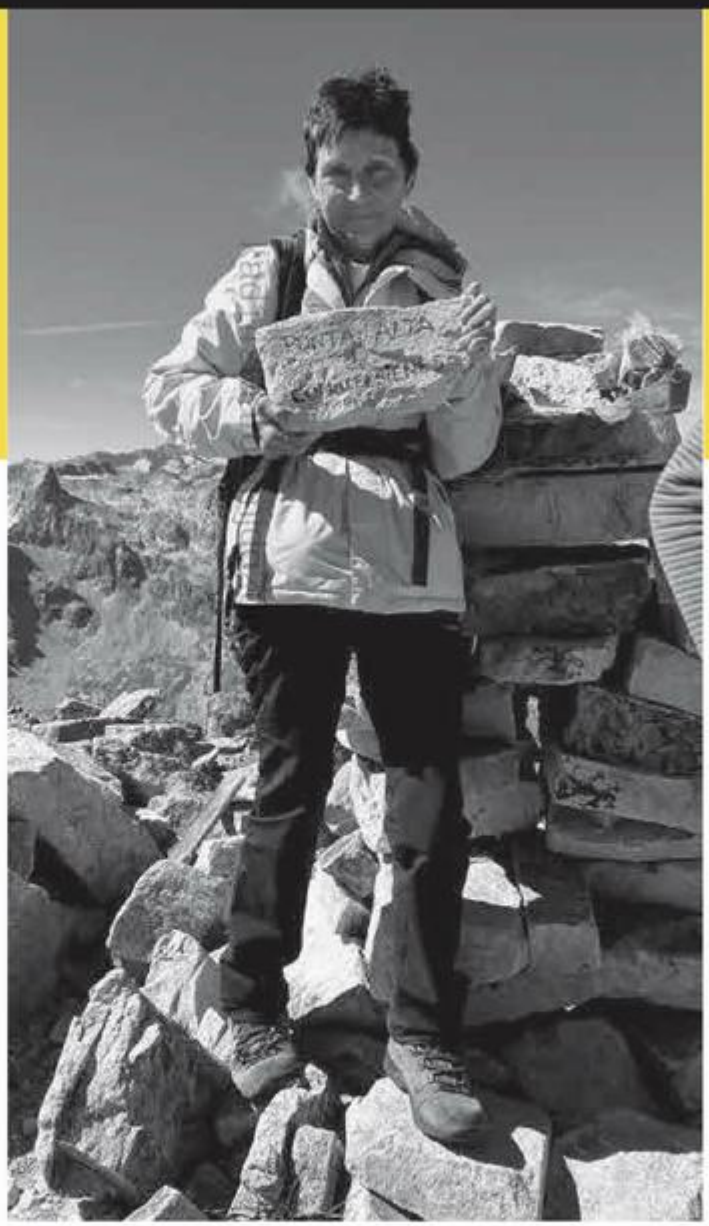
	HOY	MAÑANA	PASADO
GUADALAJARA			
MOLINA DE ARAGÓN			
SIGÜENZA			

PEPA ALDEA LAFRÍA

MONTAÑERA

La abuela de la montaña

TEXTO: **ANTONIO HERRAIZ**
FOTO: **CEDIDA**



Preside el Club Alcarreño de Montaña desde 2001 y no falla a ninguna de las rutas que organizan todos los domingos. Acaba de cumplir 80 años y su mochila está cargada de rutas por toda España, con cumbres por encima de los 3.000 metros de altitud

Con Pepa Aldea (La Llacuna, 1946) quedamos justo el día después de su cumpleaños. El DNI confirma que tiene 80 años, pero con la vitalidad y el fondo físico que se atisba cuando llegar a lo lejos jamás adivinarías su edad. Es la presidenta del Club Alcarreño de Montaña desde 2001 y no hay un rincón de la provincia que no se lo haya pateado. El Ocejón, el Lobo, Peña Cebollera, el Cerrón… No hay cumbre que se le haya resistido. «Soy más de campo que las amapolas». Nació en un pueblo de Barcelona donde estaba destinado su padre, guardia civil. «Pronto le mandaron a Sacedón y después a Checa. Allí viví la adolescencia y los primeros años de juventud. Me siento identificada con el pueblo y con los checanos porque fui muy feliz. Iba al pinar, al cerro, a Aguaspeñas, a Sierra Molina, al Alto Tajo… Incluso dormía en un refugio en medio del campo con una familia cuando estaban segando». De ahí le viene la pasión por las sendas, picos y veredas.

No suele fallar a ninguna de las salidas que desde el club programan todos los domingos del año. «Algo muy grave me tiene que pasar para causar baja». Lo suyo es auténtica adicción a la montaña y no para ni siquiera en julio y agosto, que son los únicos meses en los que el colectivo que preside no organiza rutas para evitar el intenso calor. El Club Alcarreño de Montaña lo fundó en 1970 el periodista y escritor Jesús García Perdices, cuyas cenizas reposan en la ladera del pico Ocejón. «Hemos vivido momentos complicados, pero ahora mismo estamos atravesando una de las mejores épocas. Somos más de 300 socios y en todas las excursiones que organizamos hay un seguimiento amplio». El pasado domingo recorrieron uno de los parajes más bellos de toda la provincia, el Hundido de Armallones, donde el Tajo serpentea entre las enormes rocas que cayeron hace cinco siglos en el cauce del río. «El Alto Tajo es éxito garantizado. Llenamos dos autobuses enteros y, cuando llegamos a la plaza de Armallones, un vecino del pueblo -con no poca guasa- nos dijo que si íbamos a instalarnos allí con tiendas de campaña como los que ocupan estos días la Puerta del Sol». Llegaron hasta Valtablado del Río, que para Pepa es un cómodo paseo que no llega a 20 kilómetros.

A Pepa le gusta el rock duro de la montaña. Las rutas que tengan algo de picante para sentir la emoción necesaria. «Las pistas me aburren». Ha coronado cumbres por encima de los 3.000 metros de altitud, como Comalesbienes, una montaña del Pirineo leridano en el límite del Parque Nacional de Aigüestortes. Ha concluido travesías de casi 40 kilómetros en una sola etapa. «Fue un poco locura. Estábamos haciendo el GR11, la Senda Pirenaica, y queríamos llegar desde Setcases hasta Cap de Creus, en la provincia de Gerona. Si partíamos la ruta nos quedaba demasiado corta. Así que lo hicimos en el día. Iba con dos amigas, salimos a las ocho de la mañana y llegamos a las 12 de la noche». Habían completado 36 kilómetros y un desnivel acumulado considerable. «Al día siguiente salimos algo más tarde y tuvimos que acortar el recorrido previsto porque no podíamos. Llegamos a un hotel con piscina y cuando nos metimos al agua parecíamos las muñecas de Famosa». Ha completado dos veces O Camiño dos Faros, una ruta de 200 kilómetros que une Malpica con Finisterre por el borde del mar en la Costa da Morte; y me habla de los 3.000 Ibones, la travesía transfronteriza por el Pirineo central. «Es de las pocas aventuras que no he conseguido finalizar. Al cuarto día noté que la pierna me fallaba y lo dejé. En 80 años no había ido al fisioterapeuta nunca y cuando llegué me dijo que tenía una tendinitis brutal. Se sorprendió de que incluso hubiera aguantado las cuatro primeras etapas». No ha tenido ningún gran susto en la montaña y cuando le pregunto por las temidas ampollas que salen especialmente a los principiantes ella las da por amortizadas. «A mí me da guerra un juanete, pero nada más». A Pepa le han recibido con una ovación tras concluir una ruta dura. «Eso fue en una de las etapas del GR11, en el entorno del refugio de hojalata de Baiau. Una cuesta de piedra de unos 400 metros me costó una hora y desde arriba me habían estado viendo pelearme con las piedras. Pensaban que no lo iba a conseguir, pero lo logré». También se hacen fotos con ella después de coronar una cima inalcanzable para senderistas mucho más jóvenes. «Alucinan cuando les digo la edad que tengo».

Pepa Aldea es una gran defensora del medio natural de Guadalajara. En 2002 se implicó personalmente en la campaña para bloquear el proyecto de una estación de vigilancia aérea con un radar militar gigante en la cumbre del Pico del Lobo. «Le dije a José Bono, entonces presidente de Castilla-La Mancha, que por encima de mi cadáver. Y conseguimos que no se hiciera porque iba a suponer un daño irreversible en la cumbre más alta de la región».

Aunque haya recorrido montañas por toda España, tiene predilección por Guadalajara. «Da igual que repita rutas. La provincia no me cansa nunca». Para los próximos domingos ya tienen la agenda organizada. Valdepeñas de la Sierra, el río Dulce o el Pico Cebollera, que alternarán con ubicaciones vecinas como el Pico de Abantos o la Sierra del Rincón. Y encabezando la expedición estará Pepa Aldea, la abuela de todos con una mochila cargada de sabiduría para hacer frente a los imprevistos de la montaña.